

SECCION BIBLIOGRAFICA

RECENSIONES

JOACHIM BISCHOFF (Hrsg.): *Marxismus und Staat. Einführung in die marxistische Staatslehre*. VSA, Berlín, 1977.

Aunque el libro aparece bajo el nombre de J. Bischoff, se trata en realidad de una elaboración colectiva efectuada por el grupo de trabajo Projekt Klassenanalyse, grupo que ha producido a lo largo de los últimos cuatro años un volumen considerable de investigaciones en el terreno de la teoría marxista en general y de la Teoría del Estado en particular.

Esto conviene ser tenido en cuenta a la hora de analizar el contenido del presente libro, pues tanto el título general como el subtítulo podrían inducir a error. No se trata de una «deducción» («Ableitung») de la teoría del Estado implícita en la obra de Marx, cosa que el Projekt Klassenanalyse había efectuado con anterioridad («Thesen zum Verhältnis von bürgerlicher Gesellschaft und Staat», en *Beiträge zum wissenschaftlichen Sozialismus*, número 1 de 1976, págs. 81-103, y *Materialien zur Klassenstruktur der BRD, Erster Teil: Theoretische Grundlagen und Kritiken, II, Abschnitt: Die politische Form des bürgerlichen Gemeinwesens*, 3.ª ed., Hamburgo, 1978, páginas 69-176), sino de plantear el tema de la «relación entre revolución socialista y Estado» (pág. 8), tema de «actualidad y que tiene de nuevo un significado político práctico» (pág. 8) ante la crisis general del sistema capitalista iniciada en los años setenta.

En consecuencia, el objetivo principal del libro es analizar el lugar que ocupa el Estado en el proceso de reproducción global de la sociedad burguesa, la estructura de los aparatos del Estado y las diferentes estrategias que se han desarrollado en el movimiento obrero para utilizar el Estado como instrumento de acción revolucionaria, fundamentalmente la estrategia socialdemócrata y la estrategia «eurocomunista».

El punto de partida de la exposición lo constituye la tesis de que el Estado, tal como lo conocemos en la actualidad, es decir, en el período pos-

terior a la segunda guerra mundial, debe ser considerado como la forma «clásica» de manifestación del Estado burgués, en tanto que el Estado del siglo XIX debe ser considerado como una forma no desarrollada del mismo (págs. 15-16). Esta tesis es fundamentada mediante un análisis del Estado en Alemania desde 1870 a 1970, especialmente del presupuesto estatal en dicho período, de la forma en que ha evolucionado la estructura de los ingresos del Estado hasta «convertirse también desde un punto de vista puramente formal en puro Estado burgués» (pág. 36), la cuota del Estado en el producto social, etc. (págs. 29-45).

Esto supone, evidentemente, que la estrategia para utilizar el Estado con la finalidad de transformar la sociedad actual en un sentido socialista tiene que partir de esta realidad objetiva, de esta «forma clásica», «desarrollada» de la sobreestructura jurídico-política y no tomar como ejemplo estrategias que podían corresponder a formas inferiores de su desarrollo.

A partir de aquí se procede a analizar los aparatos del Estado, distinguiendo entre aquellos que propiamente lo son y aquellos que, aunque formalmente se presentan como tales, materialmente no pueden ser considerados de esta manera. Fundamentalmente la investigación se centra en el diferente carácter que tiene el sistema de seguridad social en cuanto rama de la actividad del Estado desde un punto de vista formal y los aparatos del Estado propiamente dichos.

El sistema de seguridad social de los Estados modernos no es más que un fondo colectivo de todos los trabajadores asalariados, impuesto mediante ley, como forma de garantizar globalmente la reproducción de la fuerza de trabajo. Fondo que es obtenido básicamente —interesantes las cifras en la pág. 48 de la aportación del presupuesto del Estado en la BRD a la Seguridad Social— de las cuotas de los propios trabajadores, independientemente de la forma en que la cotización se efectúe. En consecuencia, no es la sociedad en su conjunto la que participa en el mantenimiento de los costes de la Seguridad Social, como ocurre con el presupuesto general del Estado, sino sólo una parte de ella. O dicho con otras palabras: los costes de la Seguridad Social entran en los costes ordinarios de la reproducción de la fuerza de trabajo que tienen que ser producidos por la propia clase trabajadora.

Dado el volumen de los presupuestos de la Seguridad Social en todos los Estados modernos, se comprende por sí misma la importancia de una comprensión correcta del carácter de estos ingresos y gastos, a fin de evitar «ilusiones» que suelen producirse acerca del «Estado social de derecho», de la participación del Estado en el proceso económico, de la «redistribución de rentas» a través de la acción del Estado, etc.

Los aparatos del Estado propiamente dicho son estudiados a continuación, dividiéndolos en tres categorías: *a)* Aquellos que proceden de la propia forma burguesa del trabajo y de la consiguiente institucionalización de una instancia política separada de la sociedad y con el monopolio del ejercicio de la fuerza (burocracia general, asuntos exteriores, policía, ejército, etc.); *b)* aquellos que efectúan tareas generales, comunitarias, de creación de las condiciones generales de la producción (obras públicas de diversa índole, ramas de la actividad económica en las que el capital no puede valorizarse, etc.), y *c)* aquellos que aparecen doble y contradictoriamente determinados, en parte como resultado del desarrollo de la potencia social del trabajo y en parte vinculados con la forma social específica (capitalista) del trabajo social (enseñanza, ciencia, radio y televisión, deporte, etc.). Se analizan las magnitudes de cada uno de ellos, para finalizar con un examen del proceso de sindicación creciente de los funcionarios públicos en prácticamente todas las metrópolis del capital (págs. 73-74) y de la importancia que puede tener dicho proceso para «la participación activa de los trabajadores del Estado en la transición al socialismo» (págs. 76-80).

Pero, sin duda, la parte de mayor interés del libro son los capítulos 4 y 5, dedicados, respectivamente, a la estrategia socialdemócrata («Socialismo democrático de la socialdemocracia») y «eurocomunista» («La alternativa realista: la vía democrática al socialismo»).

El capítulo dedicado a la estrategia socialdemócrata está francamente bien conseguido, con apuntes extraordinariamente sugerentes. Para el Projekt Klassenanalyse la estrategia socialdemócrata se caracteriza por tres notas esencialmente: 1.º Por ser la expresión político organizativa de la conciencia vulgar, ordinaria, de los trabajadores asalariados, carente de la mediación científica que permita obtener un conocimiento auténtico de la realidad como condición indispensable para actuar sobre ella transformándola (páginas 86 y sigs.). 2.º Por la reducción consiguiente de su instrumentalario a medidas de «cosmética» del sistema salarial capitalista, a la intervención en el terreno de la circulación y no en el de la producción, dejando, en consecuencia, intacto el sistema de organización de la sociedad que presuntamente se debería pretender transformar (págs. 89-96). 3.º Por una comprensión invertida y errónea de las relaciones entre la instancia económica y política del MPC, que la lleva a poner lo condicionado (el Estado con sus valores de libertad, igualdad e independencia del individuo) como lo condicionante y a la inversa, reduciendo, en consecuencia, la consecución de la democracia política a objetivo último de la lucha de clases.

Especialmente sugerente resulta la alusión, aun sin citarla expresamente, a la raíz proudhoniana de la estrategia socialdemócrata y al carácter «utó-

pico» del programa socialdemócrata (págs. 96 y 98). Alusión que, como ha puesto de manifiesto *Il Vangelo Socialista* de Craxi (*Aveva ragione il vecchio Proudhon*), no debe ser echada en saco roto y merecería ser desarrollada con algo de detenimiento.

El capítulo dedicado a la estrategia «eurocomunista» es menos sólido. Sin duda, no por culpa de los autores, sino por el hecho objetivo de que aquí no hay una práctica de gobierno con la que contrastar las formulaciones teóricas, sino la simple existencia de unos tanteos que parecen apuntar en una dirección socialista.

Los autores se identifican por completo con esta línea estratégica, esforzándose en presentarla como una línea auténticamente revolucionaria y defendiéndola contra los ataques de «revisionismo» que le han sido dirigidos, al haber abandonado los temas clásicos de la estrategia comunista de la Tercera Internacional. El capítulo contiene una buena descripción de los materiales publicados en Francia, Italia y España sobre la transición pacífica y democrática al socialismo (págs. 107 y sigs.), la reforma del aparato del Estado (págs. 116 y sigs.), las relaciones entre socialismo y democracia (páginas 121 y sigs.), la reorganización de la economía, con especial atención a las propuestas del PCI (págs. 127 y sigs.), terminando con un análisis del «eurocomunismo» y la crisis del leninismo (págs. 134 y sigs.).

Por último, el capítulo final, dedicado a la «Sobreestructura política de la sociedad burguesa», se aparta de este terreno de preocupación política inmediata para presentar una síntesis a un elevado nivel de abstracción de la teoría marxista del Estado, basada casi exclusivamente en la obra de Marx y Engels.

Javier Pérez Royo

KLAUS VON BEYME: *Teorías políticas contemporáneas. Una introducción.*

Trad. del alemán por Albert Oehling y Hermann Oehling. Edición del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977; 450 págs.

Aunque ya superado el malentendido que equiparaba la «teoría» a las «ideas y doctrinas políticas» en la tradicional programación de las asignaturas universitarias (véase, como ejemplo, el conocido texto de Sabine) es todavía escasa la bibliografía en español acerca de la primera, y más aún como estudio introductorio global. Bienvenidos, entonces, libros como el presente, que ofrece el panorama de la teoría política en el cuadro de una ciencia política madura y autónoma.

En un primer nivel define el autor los tres enfoques metateoréticos que

sirvan como puntos de partida, mutuamente rivales, al esfuerzo investigativo propiamente dicho. En el primero de ellos, el *normativo*, incluye las doctrinas clásicas y los aportes contemporáneos volcados principalmente hacia la historia de las ideas, la rehabilitación de los valores supratemporales, el esencialismo, el ontologismo, la teleología y el énfasis en el rango supremo de la democracia neoliberal. El encuadre *empírico-inductivo* o *analítico*, en cambio, separa los conceptos de base fáctica y los juicios de valor, recomienda el procedimiento del «ensayo y error», el de la intersubjetividad de las conclusiones y el de la estricta verificabilidad de éstas. En sus formas más radicales (neopositivismo) reducen todo a la prueba de falsear o refutar hipótesis. Se le critica su prevaleciente «asepsia política». El tercer enfoque metateorético está constituido por las teorías *crítico-dialécticas*, con el marxismo clásico, el «dia-mat» de los países del bloque soviético, más los trabajos críticos de oposición tanto en los países socialistas cuanto en los capitalistas. Interesantes observaciones se consagran a la polémica entre el neopositivismo (Popper, Albert) y la dialéctica (Adorno, Habermas). También se señalan nuevos campos de observación desarrollados a partir de este último enfoque: la psicología política y la politeconomía (no idéntica a la economía política).

Los planteamientos metodológicos en la ciencia política actual son clasificados por el autor en cinco grupos, que no se excluyen entre sí ni son forzosamente derivables de alguno de los enfoques metateoréticos antes analizados. Tampoco se los puede designar unilateralmente como «sólo métodos» o «sólo teorías». Al primero de ellos lo denomina *histórico-genético*, cuyo declive en los programas de enseñanza y en la labor investigativa es creciente, aunque deba continuar desempeñando un papel en esta última, sobre todo por la importancia de la cronología, el psicoanálisis biográfico y la historia de los conceptos, de las nociones y de la ideología.

El segundo planteamiento teórico-metodológico, el *institucional*, se encuentra hoy algo desacreditado debido a su juridicismo y conservadurismo, aunque ha recuperado vigencia en los estudios sobre «modernización» en los países que están en vías de desarrollo. Además, continúan valiéndose de este enfoque muchos trabajos concernientes a fenómenos como la burocracia, los partidos y los grupos de presión.

El planteamiento *behaviorista* o *conductista*, aunque carente de unidad metódica, presenta algunas pautas que corrigen la exagerada propensión especulativa en esta ciencia. Sobre un modelo calcado de las ciencias naturales, exige lo estrictamente observable como límite de la investigación, la matematización de los datos, la aplicabilidad concreta de las conclusiones, la neutralidad valorativa y los enfoques interdisciplinarios. Las técnicas «survey» son aquí criticadas en sus limitaciones, ventajas e implicaciones ideológicas,

crítica esta que por lo demás el autor ejerce sobre los otros enfoques, planteamientos y nociones.

El acceso *funcional* a los datos políticos, en sus tres variantes de eclecticismo, empirismo y estructural-funcionalismo, recibe adecuado tratamiento en esta obra, señalándose sus orígenes, perspectivas y sobrentendidos.

Diversa ubicación sistemática que a los anteriores enfoques le asigna Von Beyme al *método comparativo* debido a su mayor complejidad y por abrazar en parte a aquéllos. Este método, para ser integral, tiene que incluir en sus estudios a las formas supuestamente atípicas de los países en desarrollo, creando los conceptos y modelos adecuados para ello, aunque no siempre sea factible clasificar todas las posibles variantes que se ofrezcan. Es la sección quizá más exhaustivamente desplegada en sus múltiples aspectos por el autor, quien evidencia un neto dominio de sus contenidos y alcances.

En una tercera parte de la obra se analizan los *conceptos fundamentales* de la teoría política (modelos de consenso y de conflicto, Estado, poder, sistema, régimen, actitudes políticas, estilos, grupos, clases y *élites*). La cuarta parte se destina a las teorías elaboradas para examinar la dinámica política de los sistemas de países del segundo y del tercer mundo.

Un capítulo conclusivo traza eventuales líneas de conexión entre los presupuestos metateóricos, los enfoques metódicos y los conceptos básicos precedentemente mencionados, y sitúa la vigencia de los mismos en la actual politología norteamericana y europea, hasta la sexta década de este siglo inclusive.

El autor de la obra, Klaus von Beyme, director del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Heidelberg (República Federal de Alemania) y vicepresidente de la IPSA, ha establecido cordiales conexiones con los países de habla hispánica —ante todo con España, a los cuales efectúa frecuentes visitas de estudio y de trabajo. Lleva publicados numerosos trabajos de la especialidad y es colaborador de esta REVISTA.

Con el libro del epígrafe ha dado cima a una de sus más significativas tareas de conjunto sobre el contenido y problemas actuales de la ciencia política, cubriendo así un vacío sensible en la bibliografía sobre el tema en nuestro idioma y en el suyo propio. No ha desarrollado aquí el autor —y en ello es fiel al objetivo enunciado desde el título— su *propia* teoría general, pero tampoco se esconde tras la fachada descriptiva para eludir la emisión de opiniones. Las inserta con toda franqueza intelectual cada vez que lo considera necesario, pero con la circunscripción debida a la índole del texto. Trátase de un estudio expositivo-crítico, apto para quien necesita reconstruir (ya como estudiante o docente, ya como protagonista de alguna íntima

crisis y reorientación ideológica) el panorama complejo y completo de la teoría política contemporánea.

Creemos que en este último sentido su primer beneficiario ha sido quien lo escribió, pues aunque en este libro no desarrolle una teoría integral de cuño propio, el esfuerzo de objetividad puesto en el mismo le hará profundizar la dimensión dialéctica que ya asoma —aunque falte planificarla— en sus otros escritos. Todo ello sin abandonar, por descontado, el «positivismo crítico» al que tributa adhesión expresa, y cuyas características y programa formula así:

- 1) Duda sobre la ortodoxia neopositivista.
- 2) Reintroducción controlada y verificable de los factores psicosociales que condicionan la conducta política.
- 3) Enfrentamiento a la tendencia de apropiación del instrumental científico-analítico por parte de quienes sólo pretenden utilizarlo como arma antimarxista.
- 4) Apertura hacia conceptos provenientes de la teoría de sistemas (por consideraciones pragmático-científicas).
- 5) Disposición de la ciencia —es decir, de quienes la cultivan— a brindar consejos, recomendaciones y asesoramientos políticos, como asimismo a adoptar decisiones en ese terreno.
- 6) Falseamiento o refutación consecuente de las teorías o proposiciones, vengan de donde vinieren, pero no discriminación contra algunas de ellas.
- 7) Cubrir la brecha instalada (cada vez mayor) entre la pura teoría científica y el empirismo de la labor investigativa cotidiana.
- 8) Revisar y disolver los consensos implícitos o explícitos que se han ido estableciendo entre los politólogos para mantener postulados básicos no analizados y tal vez no analizables; y
- 9) Reconocer la importancia de la ideología para la formulación de hipótesis científicas.

La historia de las ideas políticas anteriores al siglo xx, que en ocasiones ha sido propuesta sin más como equivalente de la «teoría política», recibe esquemático, aunque suficiente, tratamiento a lo largo de la obra, y sobre todo en la sección que pasa revista a las nociones y conceptos políticos básicos (tercera parte del libro), donde destaca el amplio y esclarecedor tratamiento dado a la teoría del «sistema», con sus dos variantes dinámicas que la aproximan, por un lado, al modelo de la *sociedad activa* de Etzioni, y por el otro, al esquema cibernético. Ambos son vistos como notables estimulantes de la investigación empírica y de las políticas de planificación, y asimismo como potenciadores (o incluso sucedáneos) de la anterior «política comparada».

En otro orden, se ha logrado en esta obra una loable delimitación conceptual y expositiva de premisas metateóricas, teorías, modelos, encuadres, métodos y técnicas; sin haberlos sometido, empero, a una excesiva y esterilizante compartimentalización.

Sin que ello obste a su tono objetivo, no se atrinchera Von Beyme en una actitud de purismo científico que pudiera dejarlo indiferente ante las implicaciones morales de las diversas teorías expuestas. Más que de estas últimas, afirma los peligros de ciertos métodos e hipótesis en determinado contexto social, que parecen ser ignorados o pasados deliberadamente por alto por algunos científicos que los manipulan o las anuncian, respectivamente. Los continuos ejemplos de ello, ofrecidos en lo que lleva el siglo, son demasiado elocuentes en tal sentido. Su carácter terrorífico no debe, sin embargo, insensibilizarnos para dos «inmoralidades menores» pero muy frecuentes en los ambientes académicos: la irrelevancia social de tantas y tantas investigaciones pagadas con los dineros del pueblo y el estancamiento de los estudiosos en la rutina o en el ritualismo.

Dos variables fuertemente encadenadas entre sí, el *estilo* y la *cultura* políticos, merecen del autor un desarrollo que podríamos calificar de desmesurado, si no fuese por lo significativo y original que resulta en este contexto. Conceptos ya utilizados por Von Beyme en sus trabajos sobre los sistemas parlamentarios europeos (1970) y el sistema presidencial estadounidense (1967), reconocen antecedentes fuera del campo de la ciencia política y se han revelado desigualmente fértiles para la investigación. El primero continúa afectado de la vaguedad que lo caracterizaba en su primigenio hontanar estético; el segundo posee una innegable energía impulsora de renovadas búsquedas, no obstante el sesgo estático, elitista, institucionalista, anticipatorio, centralista y anglonorteamericano que presenta.

Un índice analítico de autores y conceptos, un par de cuadros correlacionantes, el normal índice temático y una selecta bibliografía completan este libro. Sobre esta última cabe no sólo el elogio a la diversidad de procedencias e idiomas (inglés, francés, alemán, ruso), sino a su colocación al inicio de cada capítulo, según el tema tratado por éste, con lo cual se evitan los extensos e inabarcables catálogos finales y se economizan las referencias a pie de página.

De estilo ágil, bien ceñida al original y a la vez fecunda en la inventiva idiomática, es la traducción llevada a cabo por el profesor Hermann Oehling Ruiz, en colaboración con su padre, don Albert Oehling.

Carlos E. Haller

PIERRE ANSART: *Ideologies, conflicts et pouvoir*. Presses Universitaires de France, París, 1977.

A partir de los años cincuenta, algunos teóricos creyeron descubrir una tendencia de largo plazo que conduciría a lo que luego se ha conocido por «el fin de las ideologías» y más concretamente a la regresión de las oposiciones simbólicas que conciernen a la organización social y a la vida política. Las argumentaciones a favor de esta tesis son numerosas. Se afirmaba como pruebas del declinar de las ideologías la indiferencia de los electores frente a los debates oratorios, la regresión del lenguaje efusivo, tan frecuente en el siglo pasado, la institucionalización de los procedimientos reglamentarios en la resolución de los conflictos sociales, la eficacia creciente y la extensión de las tecnoestructuras, la transformación de los sindicatos en grupos de presión, la evolución de los partidos que antes fueron revolucionarios hacia posturas reformistas... De acuerdo con este análisis, los conflictos ideológicos relacionados con las finalidades de la acción política, corresponderían a la fase inicial de la sociedad industrial, al período de cambio histórico en el que estos objetivos aún no estaban clarificados, donde se desarrollaba violentamente la acumulación primitiva del capital y donde las clases sociales aún no eran capaces de negociar sus contradicciones.

Partiendo de este desarrollo y enfrentándose a las tesis, entre otros, de Bell, Pierre Ansart, atacando tanto las posiciones liberales como las del socialismo democrático occidental en lo que respecta a la convergencia de sus sistemas de dominación y de manipulación ideológica, trata de realizar un análisis político-ideológico de la idea de poder-ideológico y conflicto-ideológico. Esto supone distinguir claramente aquellas situaciones en las cuales se ejercen estos efectos contradictorios. Así, el autor distingue tres situaciones ideales-típicas: la rebelión, la ortodoxia y, por último, la situación de pluralismo ideológico.

Estructurada en siete capítulos y un último apartado de largas conclusiones, la obra analiza los supuestos de lo imaginario-social, tratados desde la triple óptica de lo mítico, lo religioso y lo ideológico-político, para inmediatamente estudiar la historia de este problema, valorando las aportaciones de los análisis de contenido sociolingüístico, de la psicología social y del psicoanálisis. Aquí es preciso destacar la influencia de las ideologías, los aparatos ideológicos y de las instituciones, tanto en lo que se refiere al campo de las posiciones ideológicas como a los circuitos de difusión y a los conflictos institucionales, cada vez menos conocidos por lucha de clases.

El estudio del enfrentamiento entre ideología y poder se plantea en cuatro niveles: los dos primeros atienden al desarrollo subjetivo en el proceso de conflicto; los últimos a la objetivación de las actitudes en tales situaciones colectivas: creatividad en los momentos de conflicto y lucha ideológica en los propios núcleos enfrentados. Como final de esta cuestión se trata de la ideología en tanto que servidora del poder, diferenciándola, por su forma de incidir directamente en la estructura social, en ortodoxia sostenida, consentida y terrorista.

La parte que se ocupa del pluralismo ideológico, tercero de los supuestos admitidos por el autor al principio, abarca los aspectos relativos a los contenidos manifiestos en un régimen plural de participación, las consecuencias políticas y sociales de las formas de difusión, el proceso de desintegración ideológica que conllevan los subcódigos de comunicación del capitalismo pluralista, así como algunos otros aspectos de la patología social en un medio como el descrito.

Por último, los capítulos finales se ocupan de la distorsión de la verdad, en tanto que manipulación y reificación, y de la eficacia de lo simbólico sus efectos de integración ideológica, justificación de la violencia agresiva, universalización de los contenidos y negación de la eficacia de la crítica.

El trabajo de Ansart se ocupa tanto del estado actual de la lucha ideológica como de la evolución, posible o estimada, de las corrientes que se decantan en este campo de fuerzas. Así puede verse cómo, por lo que respecta a la producción y circulación de significados políticos, hay que considerar técnicamente dos grandes hipótesis sobre la cuestión del «fin de las ideologías». Por una parte, el socialismo clásico del XIX formuló las condiciones esenciales para que se produjera realmente tal fenómeno: la destrucción de las ilusiones burguesas por el desarrollo de la acción revolucionaria del proletariado, de una parte, y de otra, en el seno de la sociedad socialista, la subsunción de lo ideológico-antagónico en los intereses colectivos de una transparente comunidad de trabajo.

El análisis del trabajo ideológico y de sus consecuencias conduce directamente al examen de las relaciones entre la ideología y el ejercicio del poder político, ya que la producción ideológica tiende a movilizar la energía social y, consiguientemente, a provocar un mayor ejercicio del poder. En contra de la tradición liberal, que tiende a disociar radicalmente la producción ideológica y el ejercicio del poder político, confundiendo éste con la gestión racional de intereses determinados, el autor intenta restaurar la noción de poder ideológico, para investigar de qué manera en él se amparan los poderes públicos y cómo lo utilizan. Aun todavía —piensa Ansart— la producción ideológica y la manipulación de los bienes de significación implican

complejas consecuencias sociales cuya explicación sólo puede intentarse recurriendo a modelos de comparación histórica.

Detectar la influencia que la empresa ideológica ejerce por medio de los poderes políticos permitiría contribuir al análisis de la opresión política, ayudando a comprender las condiciones mismas de su ejercicio. Esta investigación, en última instancia y como pretende Ansart, debe procurar cuestionar la noción de consenso político, a menudo subsumida en el pretendido significado de dominación política. Frecuentemente, el poder ideológico asegura la pervivencia y el sostén del poder de represión, ocultando el conflicto potencial entre gobernantes y gobernados. En tal caso, el mantenimiento del poder político no es posible más que por medio del ejercicio del poder ideológico.

Partiendo de la evidencia histórica de que los conflictos sociales y políticos no cesan de trascender a conflictos ideológicos, formulándose en el campo de las posiciones simbólicas, es posible, mediante un análisis sumario, distinguir estos niveles y establecer unas relaciones de sucesión entre el conflicto social, el político y el ideológico; sin embargo, este esquema olvida que los conflictos simbólicos no hacen sino expresar oposiciones determinantes que les han precedido. Por ello, contra tal posición reductora Ansart mantiene la necesidad de investigar exhaustivamente la dialéctica del conflicto social y del conflicto ideológico, estudiar la implicación del discurso en la acción a la vez que su distanciamiento en relación a sus acciones concretas. El problema concreto de la dialéctica de la ideología y de la acción se plantea, precisamente, por el hecho de la distancia posible o de la discordancia entre el conflicto y su expresión: es decir, no existe correspondencia necesaria entre la intensidad de un conflicto social y la intensidad de la producción ideológica. Algunos conflictos especialmente violentos y decisivos por existir un grupo muy directamente concernido en tal campo de fuerzas no da lugar necesariamente a una inflación discursiva en consonancia con él.

Por tanto, la cuestión primordial que se plantea el autor es la del trabajo de conceptualización, de las condiciones de este trabajo y de sus consecuencias psicológicas y colectivas en la dinámica del conflicto: como la producción ideológica, la creación de justificaciones y de racionalizaciones participan de la estructura de los individuos en orden a la movilización de energías y al fortalecimiento de los lazos sociales.

Para prever las consecuencias de este trabajo sería útil distinguir entre lo imaginario-social y lo ideológico-político, entendiendo por imaginario-social el conjunto de las evidencias implícitas, de las normas y de los valores que aseguran la renovación de las relaciones sociales. Así, racionalizando y transformando lo imaginario, creando modelos diferentes de legitimación,

lo ideológico induce un conjunto de consecuencias simbólicas y prácticas donde la investigación se propone hallar su medio más idóneo para desarrollarse.

Toda la construcción teórica del libro se concentra en la discusión en torno a la necesidad de la utopía por agotamiento, más que por fin, de las ideologías no evolucionadas de los últimos cien años. Para Ansart, el papel de la utopía no se centra en imaginar una redistribución de bienes en el seno de una pequeña comunidad, sino de replantear todos los modos de vida, todas las relaciones sociales, no tanto al nivel de ciudad como del mundo en su totalidad.

La moderna utopía debe trazar el proyecto de unas nuevas relaciones entre el hombre y la naturaleza en la forma de relación simbiótica y no de explotación-dominación. Debe replantear el equilibrio entre la masa humana y las posibilidades naturales, debe, en suma, tras haber conocido tantas experiencias totalitarias, inventar nuevos modelos institucionales no-opresivos: reinventar lo político. Se trata, por último, de, siguiendo las huellas de los grandes clásicos utópicos, proponer una imagen del hombre que trascienda los límites nacionales. La amplitud de esta tarea, difícilmente realizable por la teoría actual supone que necesariamente, hoy en día, toda nueva rebelión debe pasar por el discurso utópico. Así, las utopías toman su importancia histórica en el momento en que las colectividades se encuentran frente a contradicciones patentes que los ideólogos oficiales son incapaces de resolver y toda vez que muy diversas soluciones pueden imaginarse. Esta situación —queda demostrado en el libro— se renueva actualmente. Más allá de las ideologías partidistas, ciertos espíritus pueden tomar conciencia clara de las contradicciones creadas por la desigualdad de la distribución a escala mundial de los bienes por la incapacidad estatal para gobernar la explosión demográfica... Así se crea, por encima de las ideologías oficiales y de los poderes constituidos, una nueva conciencia internacional que no encuentra su expresión más que en la invención utópica.

Juan Carlos González

ERNESTO LACLAU: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Siglo XXI, Madrid, 1978; 233 págs.

En la actualidad, y dado el carácter abstracto y enmarañado que suele tomar el debate sobre las cuestiones políticas y económicas en el campo del marxismo, resulta difícil de seguir incluso para personas relativamente fami-

liarizadas con estos temas. Esta dificultad, claramente relacionada con los famosos «senderos escarpados» de Marx, da a la discusión un carácter esotérico que a muchos desanima. Curiosamente, en estos momentos de «crisis del marxismo» (esto es, de ruptura con el conformismo y el dogmatismo anteriores y de búsqueda de vías nuevas con nuevos ímpetus) es cuando parece que el marxismo —que, por esencia, pretende ilustrar y comprender la vida cotidiana de los seres humanos, en un intento de hacer más cercana su emancipación— se hace más distante y oculto. No es raro encontrar personas a quienes exaspera las sutilezas de la discusión entre R. Miliband y N. Poulantzas o que se niegan a admitir que haya diferencias entre unos y otros análisis de las relaciones internacionales desiguales o del grado de dependencia entre las naciones.

Desde el punto de vista científico, parece como si el intento continuado de realizar análisis en profundidad de los caracteres y formas del Estado capitalista (capitalismo avanzado, capitalismo tardío, capitalismo monopolista de Estado, etc.) a partir de un claro compromiso de superación revolucionaria fuera hoy un pasatiempo meramente académico que sólo interesara como ejercicio intelectual; igual que sucede con los estudios sobre el fascismo; y no se hable ya de las formas políticas propias de las épocas de mudanza y crisis, como el populismo. Todo ello, mero deporte universitario; cuando no algo peor: incapacidad de comprender que nuestra época es la de la derrota metodológica del marxismo, la del imperio indiscutido de las concepciones empírico-analíticas, cuyos dos acompañantes son la democracia (en el campo de la *contemplación*) y la ingeniería social parcial de estilo popperiano (en el campo de la *acción*).

Por todos estos motivos resulta de gran importancia la aparición de libros como el de Ernesto Laclau, que tienen una proyección de gran altura, tanto en la Ciencia Política general como en el ámbito más específico del marxismo; libros de alcance científico que contribuyen a profundizar en los debates, a clarificarlos y a hacer avanzar, de algún modo, las fronteras de nuestros conocimientos, demostrando, por lo demás, la riqueza teórica del marxismo y el hecho de que la pretendida neutralidad axiológica de las ciencias sociales, en el fondo, solamente puede partir de un *parti pris* de conformidad con lo existente, cuya legitimidad es, precisamente, lo que hay que empezar cuestionando. Viejo postulado del auténtico quehacer científico en el marxismo.

Laclau incluye en esta obra cuatro interesantes ensayos sobre otros tantos temas capitales de la teoría política marxista. De no suponer una asimilación poco justificada por razón de la materia, casi podríamos decir que el libro parece reunir los méritos de concisión, exactitud, pertinencia y profundidad

que se reconocían en las obras de Radcliffe-Brown. *Mutatis mutandis*, la analogía nos ilustra acerca del carácter de la obra en su conjunto: ensayos tersos y cuidados, cada uno de los cuales podría dar lugar a obras monográficas más amplias.

El primer ensayo, «Feudalismo y capitalismo en América Latina», es una reflexión crítica sobre la obra de A. G. Frank y, subsidiariamente, sobre la de I. Wallerstein. A través de este cauce, Laclau toma posiciones en el debate sobre las teorías del dualismo en América Latina. Quedan ya lejos los tiempos en que, en este campo, se daban por buenas concepciones metropolitanas sobre «subdesarrollo», «tercermundismo», etc. La tesis de las estructuras dualistas en América Latina no resiste una crítica seria. Frank las rechaza y Laclau sanciona el rechazo. Ahora bien, el nombre de Frank está asociado a la teoría del carácter capitalista *ab initio* de los países latinoamericanos. La crítica de Laclau se dirige contra esta concepción globalizadora de Frank. Este olvida que el concepto de capitalismo, dentro del marxismo, designa a un *modo de producción*. Es innegable, contra lo que Frank afirma, que hay supervivencias feudales en las relaciones agrarias de varios países latinoamericanos. Pero la aceptación de estas supervivencias feudales no implica recaída en la tesis dualista. Todo lo contrario: la subsistencia del sistema capitalista mundial (que depende del mantenimiento de la tasa de ganancia) incluye modos de producción diversos y consolidación de las relaciones precapitalistas en las áreas periféricas. El sistema es capitalista —tanto en escala nacional como internacional— porque la ley de movimiento del modo de producción —las oscilaciones de la tasa de ganancia, categoría estrictamente capitalista, P/C V— ha pasado a ser la ley de movimiento del sistema en su conjunto. Lo que sucede aquí es que es preciso distinguir entre modo de producción (complejo integrado por fuerzas sociales productivas y relaciones ligadas a un cierto tipo de propiedad de los medios de producción, pág. 33) y sistema económico (relaciones entre los diferentes sectores de la economía o entre las diferentes unidades productivas, tanto a nivel regional como nacional o mundial, pág. 34). El autor muestra convincentemente que la base de los errores de Frank y de Wallerstein es la confusión entre estos dos conceptos claves.

El segundo ensayo, «La especificidad de lo político» es un intento de clarificar y de mediar la polémica entre Miliband y Poulantzas. En principio, Laclau está de acuerdo con la crítica de Poulantzas a Miliband, en el sentido del empirismo estrecho de éste que, en parte, invalida sus conclusiones. Por otro lado, sigue la crítica de Miliband a Poulantzas y no por una insuficiencia de base empírica, sino, al contrario, por la incapacidad poulantziana de enfrentarse teóricamente con sus adversarios. Laclau entiende que no es

aceptable la primera crítica de Miliband a Poulantzas —la que caracteriza la obra de éste como «superdeterminismo estructural»— mientras que sí lo es, en cambio, la segunda —la que le caracteriza como «abstraccionismo estructuralista»—. En efecto, ante los problemas, Poulantzas tiende a reaccionar con lo que Laclau llama «furia taxonómica», cuyo resultado es un círculo vicioso de abstracciones y el hecho de que las funciones puramente simbólicas de los conceptos tienden a ser predominantes (pág. 77).

Los dos últimos ensayos, con mucho la parte más estructurada y más interesante del libro, suponen un intento serio de renovación conceptual en el campo de la teoría política marxista y, además, están interrelacionados en la medida en que algunos de los conceptos destilados en el tercero encuentran ya aplicación teórica en el cuarto. Ambos ensayos son un intento de elaboración de categorías superestructurales del marxismo que, bajo la influencia indudable de la obra gramsciana, sirven para explicar con rigor científico dos fenómenos enrevesados: el fascismo y el populismo. Aunque no fuera más que por la labor realizada en lo relativo a la explicación marxista del populismo, el libro de Laclau tendría un valor muy considerable.

El tercer ensayo, «Fascismo e ideología», trata de dar cuenta del fenómeno fascista. Comienza el autor señalando las dificultades de la tarea y el fracaso de las explicaciones liberales (Croce, Meinecke), psicológicas (Reich, Fromm) o las realizadas en relación con la teoría del totalitarismo (Arendt, Lipset, Brzezinski, etc.). Al margen de algunas obras clásicas, con las que aún estamos en deuda (Guérin, Trotski, Neumann, Togliatti), la explicación actual más rica de contenido es la de Poulantzas que, con gran abundancia de determinaciones teóricas, hace justicia a la complejidad de fenómenos que concurren en la aparición del fascismo. Lo que sucede es que la interpretación poulantziana no consigue ser sintética y no pasa de ser meramente enumerativa. Los dos pilares de la interpretación de Poulantzas son la ideología y el carácter de clase de la pequeña burguesía. El análisis de Laclau se centra en estos dos aspectos para llegar a su conclusión de que el fascismo es posible a raíz de una crisis doble: *a)* Crisis del bloque en el poder, incapaz de absorber y neutralizar las contradicciones con los sectores populares por los canales tradicionales; *b)* Crisis del movimiento obrero, incapaz de hegemonizar las luchas populares y de fusionar en la práctica política e ideológica popular-democrática con sus objetivos revolucionarios de clase (pág. 130). Esta conclusión se desprende del análisis que Laclau hace de los dos factores mencionados antes: ideología y pequeña burguesía. Con relación a la ideología, Laclau pone de manifiesto cómo Poulantzas, curiosamente, ha olvidado la tesis althusseriana en el sentido de que las